

*Nuestra orilla salvaje*

ROSARIO TRONCOSO

Sevilla, La Isla de Siltolá, col. Tierra, 2017, 60 pp.

*reseña de* Juan Carlos Abril

En *Nuestra orilla salvaje* (2017), de Rosario Troncoso (Cádiz, 1978), asistimos a una crónica sentimental que en todo momento requiere del otro para ser interpretada y leída con integridad. Sin el otro no sentimos y, por lo tanto, sin el otro no somos. Ya desde el título se apela a un territorio compartido, pero al mismo tiempo se refiere a un lugar al margen de los convencionalismos ya sean de pareja o sociales, por lo que se nos aboca al resultado menos esperado, lejos de las ataduras y el conformismo. Fruto de esa tensión asistimos a una decepcionante relación con el otro, no sólo por las expectativas creadas por una parte, se diría que por ambas, sino sobre todo por la imposibilidad de llegar a un acuerdo doméstico que establezca las bases de la convivencia y, más aún, de la plenitud amorosa. Aunque no todo es negativo: la apuesta por el amor como vínculo total, sin ambages –aunque a la postre resulte mal o no todo lo bien que se pueda esperar–, demuestra valentía, y eso se traduce también poéticamente en un tono honesto que se hace extensivo al libro.

Dividido en dos partes, *Nuestra orilla salvaje* ofrece una primera sección titulada «El abrazo de los extraños», de 26 composiciones, y una segunda titulada «El final de las hadas», de 11. La extensión de una y otra parte indica el largo lamento de la ruptura de la relación, y la toma de decisiones de la segunda parte. Así, sin introducciones ni epílogos, nos adentramos, como hemos advertido, en un terreno de arenas movedizas, fluctuante y cambiante en un

desarrollo temático lineal y dialéctico, con pasadizos dialógicos, que habla de inestabilidad y, por tanto, de dolor. Pero no hay atisbos de masoquismo o recreación, sino asunción de una realidad. Un callejón sin salida, podría decirse. Desde el inicio, contemplamos «Los restos de nuestro derrumbe» (p. 13) conscientemente, y ya al final del poemario nuestra mirada se halla desolada ante la imagen dantesca de las «Ruinas» (p. 51): «Mantengo en pie la vida. Lista, pulcra, puntual: / a estrenar para la muerte.» (*ibidem*). La voz poética estuvo advertida de lo que significa lanzarse a confiar en el amor, igual que en las canciones y romances populares, como en «Billete de vuelta» (p. 50): «Madre: / Era muy cierto que el infierno llega / y el diablo ensaya besos en la frente.» (*ibidem*).

Se trata de una historia de amor que se propone como eje vital por el que transitan las ilusiones y los desengaños: «Voy a contarte un sueño. / Distinguí tu sabor / a oscuras, / en el acantilado.» (de «10 de julio», p. 17). Una historia de amor que más bien se describe desde lo negativo, y que puede configurarse como obsesiva, en la búsqueda del placer, pero también en la necesidad del otro como salvación de uno mismo, del propio abismo de la soledad, como en «Vicio» (p. 19): «Sin pudor manipulas / la voracidad y el hambre y el miedo / a todo lo que eres, / a todo lo que soy contigo. // Y lo sabemos desde el primer día: / no hay otra forma de salvarse.» (*ibidem*). Los amantes se encuentran «otro domingo nuevo, / en-

vueltos en desgana» (p. 18) y se acusan – imaginamos que mutuamente– de apatía e indolencia. La pareja ha caído en desgracia, con lo que se asume una nueva moral sentimental, o al menos se entiende el poemario como una crítica de las costumbres y, de paso, como un ajuste de cuentas con la realidad. Muchas parejas, aunque ya no funcionen como tales, alargan su ruptura por inercia, y comienzan un «Olvido selectivo» (p. 20) por el que se van desangrando, estableciendo paradójicamente un «Equilibrio» (p. 21) en el que hay que «dejarse morir / para seguir viviendo.» (*ibidem*), y que en algunos casos dura eternamente. En otros no, como en *Nuestra orilla salvaje*, que sirve y estimula la reflexión para aceptar el «Camino» (p. 22), el «único camino» de superación, con el que se mira hacia atrás con satisfacción por el trayecto recorrido, y se toma impulso para continuar hacia adelante y emprender nuevos retos. La conciencia no deja de repetirse, en la noche, en la cama, cuando damos vueltas a las preocupaciones «Vuélvete a dormir» (p. 23). «El abrazo de los extraños» (p. 24), el poema homónimo de esta sección, confirma la soledad en la que viven ambos integrantes de la pareja: «Y vuelven a quedarse solos / en espacios que no comparten.» (*ibidem*). Esos «espacios» son la orilla salvaje, esa que, mal que les pese, es suya, de ellos en la desilusión, que puede «Renacer» (p. 26) en la «Soledad» (p. 27), porque «La soledad escoge compañías» (*ibidem*). De ahí que sea «nuestra». El poemario, en este sentido, es un continuo haz y envés de una trama que se va desenrollando y desenvolviendo con aciertos y «Errores» (p. 32), sucediéndose la voz verbal de los «Príncipes de niebla» (p. 28), que ya no son azules, para metamorfosearse en una «Crisálida» (p. 29) que inevitablemente alumbrará otra cosa: «Los milagros, en estos años raros, / son el ritmo sencillo de lo eterno / y alimentan una flor pequeña / que nace entre las rocas» (de «Flor», p. 33). El corazón se puede volver piedra, que ya no siente, véase «Como piedras» (p. 39). Y de estas piedras surgen las «Constantes vitales» (pp. 43-44) que al menos proporcionan estabilidad, aunque sea

bajo mínimos. La metamorfosis significa romper con los cuentos de hadas y el idealismo de una educación donde no se nos preparó convenientemente para el dolor y la realidad espinosa. Pero al mismo tiempo metamorfosis se entiende aquí como dar paso a otra forma, aspiraciones, esperanzas, en una dialéctica de la que surgen nuevas explicaciones, y por eso se desemboca en la sección «El final de las hadas», que cuenta el desencanto hecho vida, necesario en «Los días normales» (p. 47): «Estos días normales que no son mar ni aire / ni regazo de nadie / son necesarios para sobrevivir» (*ibidem*). Días en que nos aferramos a lo que sea, como a la imagen de las gaviotas, y que al fin y al cabo «en el júbilo de su vuelo gritan mi nombre» (*ibidem*).

La poeta es una inconformista y no está dispuesta a doblegarse: «La fascinante tribu / que devora a los débiles / espera tu vacío» (de «Subversión», p. 49). La poeta nos impele a superar la incomunicación hacia los demás, que es la incomunicación con uno mismo, y salvar los «Abismos privados» (p. 53) en los que se ha adentrado esta sociedad deshumanizada. No posee deudas, como en «Último poema» (p. 54) y está dispuesta a soltar todo el lastre para volar. Eso es sin duda lo que ha hecho Rosario Troncoso en este poemario desgarrado y meditativo, auténtico y recomendable, y que nosotros hemos leído con el mayor interés.